

Discurso del Ilmo. Dr. José Fietta Nuncio de la Santa Sede

Magnífico Señor Rector:
Señores Catedráticos:
Señores Académicos:

El distinguido Rector de la Universidad de Santo Domingo, Dr. Don Federico Henríquez i Carvajal, en la tarjeta de invitación que me dirigió para que asistiera a este solemne acto, con fina atención, que tanto estimo i le agradezco, me comunicaba que me reservaba un turno en el acto, para que uniese yo mi voz al poderoso coro de alabanzas que en estos días se ha elevado a la memoria del insigne Monseñor Fernando Arturo de Meriño.

Declinar la atenta invitación me parecía faltar no sólo a la cortesía sino a mi deber, i acepté, aunque no deje de ser presunción de mi parte hablar en público en vuestro idioma que aun no poseo correctamente. Qué podré yo añadir a todo lo que se ha dicho del ilustrado i virtuoso Prelado, del sabio Político, del ardiente Patriota, del elocuente Orador, del eminente pensador i escritor castizo, del preclaro educacionista?

Durante toda una semana los centros intelectuales de la Ciudad Primada, ofrendaron a la memoria del grande ciudadano el homenaje de brillantes actos, en los cuales distinguidos oradores, con el fervor de la admiración i con la gratitud del reconocimiento, han estudiado la personalidad de Monseñor Meriño en sus múltiples aspectos i en sus distintas actividades, poniendo de relieve las dotes de mente i de corazón que adornaron a este hombre excepcional.

Ha sido pues un plebiscito de férvida admiración i de tierno amor al Ciudadano i al Pastor; plebiscito que ha revelado cuán arraigado está en el corazón dominicano el culto a la memoria de los prohombres que honraron i sirvieron al País; el afecto i la gratitud que conserva para los que pasaron haciendo el bien.

Si cubrir con el manto del olvido, decretar el ostracismo a la memoria de los hombres prominentes, es una señal de decadencia de los pueblos, que no quieren recordar para no imitar; recordarla, ensalzarla, ilustrarla para que sirva de enseñanza i de estímulo a las generaciones venideras, es prueba de la vitalidad, de la grandeza, de la nobleza de los pueblos. Por esto celebro que el pueblo dominicano haya solemnizado con inusitado esplendor el primer centenario del nacimiento de este preclaro ciudadano; i puedo pronosticar, sin temor de error, para este pueblo patriótico i generoso, el más risueño porvenir.

Como Representante de la Iglesia en este País, me satisface ver ensalzada i celebrada una gloria que es nuestra, pues si el Arzobispo Meriño es una auténtica gloria de la Nación i de la Iglesia Dominicana, lo es también de la Iglesia Católica a la cual él ha servido con amor i constancia, ha ilustrado con su sabiduría, ha honrado con sus virtudes. I no podía ser de otro modo si pensamos que la norma de su vida ha sido siempre la de servir a Dios solamente, norma que cristalizó en el lema de su escudo archiepiscopal: "Christo Domino serviam". A Cristo Señor Nuestro serviré.

"A Cristo Señor Nuestro siempre serviré", i, sirviendo a Cristo, ha servido a la Patria de la manera más eficiente; amando a Cristo, ha amado la Patria hasta el delirio, porque esos dos amores son no solo inseparables sino que se completan. El amor a Dios, que es fé en su palabra, que es obediencia a sus mandamientos, es para el amor patrio lo que es el óleo para la misa, el rocío para las flores, el crisol para el oro: lo alimenta, lo desarrolla, lo purifica.

Que el recuerdo del eminente Ciudadano i bondadoso Pastor viva siempre en el corazón de los moradores de esta tierra que él tanto ha querido; que el ejemplo de su abnegado i desinteresado patriotismo tenga muchos imitadores; que en la escuela de su vida aprendan todos cómo se debe amar i servir al prójimo, a la Patria, a Dios!

EN LA TRIBUNA ACADEMICA

Discurso pronunciado por el Maestro i Doctor Fed. Henríquez i Carvajal, como Presidente de la Academia, el domingo 15 de enero, último día de la Semana de Meriño.

EXORDIO.

Señores:

Estoi aquí, en esta tribuna sagrada i

universitaria, para discurrir i para hablar en nombre i representación de la Academia Dominicana de la Historia. Estoi aquí para anunciaros que en este sitio —un antiguo cementerio, convertido luego en la "Plazoleta de los Curas", destinado a ser desde ahora i en lo sucesivo la "Plaza de Meriño"— va a colocarse i a cimentarse la primera piedra sobre la cual surgirá en bronce la gigantesca



figura del alto prócer de las actividades intelectuales, cívicas i morales que fue el presentísimo Fernando Arturo de Meriño.

Acaso quepa repetir en esta ocasión solemne, siquiera en parte, el apóstrofe evangélico formulado, hace veinte siglos, por el verbo creador con que Jesús el Cristo fundó su iglesia en la ciudad cesárea i pontificia:— “Super hanc petram edificabo ecclesiam meam”;— pues encima de esta piedra se alzaré en breve la estatua del tribuno i maestro insigne como para seguir edificando, con su óptimo ejemplo de carácter i de civismo, el alma del pueblo dominicano.

Ese monumento representativo se erigirá merced al concurso del Estado i por iniciativa del brillante núcleo de jóvenes nacionalistas, cuyo es el lema de “acción cívica”, auspiciada al punto por la susodicha Academia, i luego acogida i patrocinada por las ocho instituciones que han concurrido al magnífico homenaje póstumo rendídole, en el centenario de su natalicio, al varón eminente en la **Semana de Meriño**.

Se ha dicho ya en unos veinte discursos, leídos o pronunciados en los días festivos de la histórica Semana, i en las monografías biográficas que han ido al concurso literario en honra suya, quien era i como era Meriño. También lo ha dicho la prensa periódica, en donosas páginas, en un concierto de loas. Pero yo tengo el deber de decir o de volver a decir en este acto —i ello me place— quien fue i como fue, en el escenario del mundo, el eximio prócer dominicano.

Hace un cuarto de centuria, a los cuarenta días de haber ocurrido su fenecimiento —precisamente en el aniversario de mi natalicio— que en una conferencia ofrecida por mí a un selecto auditorio en el “Club de Damas” —digno precursor del “Club Nosotras”— expuse los conceptos i las ideas que hoi, al cabo de veintiseis años, he recogido i ordenado para reconstruir el discurso con el cual hice entonces i ahora hago la apología del tribuno, del prelado i del maestro perillustre.

DISCURSO:

Honrar i enaltecer la vida de un muerto esclarecido, señores, es honrar i enaltecer la propia vida, la intensa vida social que se apacienta en el alma de las cosas bellas. Honrar i enaltecer la memoria inolvidable de quien, ora en la cátedra, ora en la tribuna, ya como ciudadano, fue por media centuria el verbo edificante del pastor o del apóstol, o el verbo alertador i guía del repúblico, es, sin duda, honrar i enaltecer las fecundas actividades del espíritu puestas al servicio de las grandes ideas, las fundadoras, i de los ideales intangibles que, a la larga i en el continuo evolucionar de los tiempos, cristalizan en pósteras conquistas de la civilización humana, i son realidades las que antes fueron utopías o solo se acariciaron como sueños i anhelos del patriota.

El Padre Meriño—como, en un lapso de medio siglo, lo llamó el afecto cordial de sus discípulos de tres generaciones literarias— ha dejado de su noble vida, a su paso por el mundo, una triple estela luminosa: la estela de la caridad, el amor cristiano, encendida rosa del rosal de su organismo afectivo; la estela del patriotismo, el amor nacionalista, síntesis de las grandes i nobles acciones dictadas por el organismo volitivo; i la estela de la elocuencia, el verbo en llamas del organismo intelectual, con el cual iluminó el tribuno i orador conspicuo, la colina, que es la cátedra sagrada, i la montaña, que es la tribuna cívica.

Fernando Arturo de Meriño fué un alto ejemplo de civismo i patriotismo. Con su amor a la patria —amor patricio— nació en su espíritu, apenas ungido con el óleo del ministerio sacerdotal, el orador elocuentísimo. Su elocuencia sugestiva fue como la esencia purísima de su alma de patriota, filántropo i levita. Como de Castelar, en España, cabe decir, en honra suya, que siempre i por encima de todo fue el orador eximio.

No lo fue únicamente en sus grandes discursos de arrogante apostura profética, o de fulminantes apóstrofes viriles, con los cuales solía definir su prócesa actitud, en ejemplar protesta, frente a menguados o equivocadas situaciones creadas por caudillos caducos; ni lo fue solamente en el admirable panegírico, en homenaje a Duarte, con el cual exultó la vida i la obra del egregio Padre de la Patria. Lo fue en todo momento. Lo fue en el púlpito i la cátedra, en la curul i la tribuna.

Sus discípulos dan testimonio de ello. Sus discípulos de filosofía i letras —que también lo eran de civismo— en las jubilosas aulas del Seminario Conciliar regido por Meriño —recordamos a menudo la época lejana, la época feliz de la juventud en marcha, en la Cuaresma del año 1867, animada de continuo al calor de su fecunda palabra en una serie de sermones improvisados, cuyos temas escogían por turno los seminaristas, poco antes de subir el orador a la cátedra sagrada. A mí me cupo la suerte de darle el tema, el miércoles del concilio, en el templo del Carmen, i hube de cumplir mi cometido en el preciso momento en que el Padre Meriño ascendía al púlpito i a la plegaria sucedía el silencio en la numerosa concurrencia. El tema dádole fue: “Ecce mater tua”. Con ese texto de las siete palabras del Cristo ponderó, enalteció i santificó, como nunca, el augusto amor de madre. Aun arde i vibra en mi organismo ético la ingente emoción que me produjo esa admirable oración sagrada!

Entonces fue, sin duda, cuando el insigne orador dominicano alcanzó la cima de la elocuencia i entonces, también, cuando, ya en su segundo doloroso exilio, obtuvo justa fama de orador sagrado fuera del solar nativo.....

Es desde ese punto de vista, eminente, que nos es dado contemplar esa arrogante figura de prócer de la elocuencia, a cuyo derrumbamiento en el seno i bajo el ara de la tumba ¡oh dolor! ha subseguido el silencio conmovedor de una gran voz de morales o cívicas enseñanzas, a veces profética, i la orfandad de la más prestigiosa tribuna, sagrada o profana, de que pueda ufanarse i aun gloriarse la cultura dominicana.

Verdaderamente, señores, —i cabe insistir en ello, porque tal es el tópico de mi discurso— el insigne dominicano, reciénfenecido, el Ilustrísimo Arzobispo que fue de la Primada de América, logró hacinar las ricas preseas de su inteligencia clarísima, de sus potísimas facultades psíquicas, todas las manifestaciones de su explorador espíritu, a modo de aislada colina o solitario monte, para erguirse sobre la eminente cumbre, sereno e inmutable, dueño de si mismo, orador por antonomasia, orador patriota por excelencia, émulo, quizás— a la distancia de no pocos siglos que fueron de otros tiempos i otros hombres— de uno cualquiera de los tres máximos oradores griegos.

Si no fuera imperdonable abuso mío, señores; si no temiera abusar de vuestra benevolencia; yo intentaría reproducir ahora algunos de los elocuentes párrafos, de los grandes períodos, que abrillantan sus discursos de los clásicos días o de los días conflictivos de la República.

Podría tomarlos al azar, sin selección inútil, ya que los unos desprenden de su armonioso conjunto el aroma quintaesenciado de las rosas de la fé, del amor i de la esperanza, cultivada con esmero en el huerto del cristianismo; ya que los otros brillan con luz propia, a manera de soles, en el cielo de la Patria, tan amenudo entenebrecida i alguna vez desplomada en la ignominia de torpes i menguadas anexionas.

De cada una de las elocuentes cláusulas que esmaltan i perfuman sus magistrales discursos, políticos o religiosos, emerge, siempre inspirado, el verbo del orador i del tribuno.

Ya es el fervor cristiano, encendida rosa de púrpura, que se deshoja en sus labios como lluvia de pétalos, —o la piedad evangélica, alba paloma, mensajera de paz, que se cierne con arrullos de plegaria sobre los fieles i los penitentes; —ya es el reconocimiento póstero, de índole humana, que, alzando el pensamiento, con vuelo de águila, hasta ascender a la inmensurable altura del genio,

canta i exulta la peregrina obra científica i la gloria sin eclipses del inventor del Nuevo Mundo, en ocasión de los actos festivos del Centenario del Descubrimiento colombino, o en la solemne inauguración del mausoleo que guarda los venerandos restos del nauta egregio, ante quien mudo se postró el océano; —ya es el patriotismo vigilante, conminatorio, que se encara al egoísmo victorioso i soberbio, en vísperas de miserables claudicaciones i de ruines permutas del honor por los honores; —ya es el edificante civismo, investido con la alta función constituyente, que evoca los merecimientos de los próceres restauradores, e invoca las responsabilidades asumidas por el aclamado de las minorías en armas— en el vértigo de reacciones ignaras e insólitas— para exhortarlo al fiel cumplimiento de los ímprobos deberes de la magistratura i para apostrofarlo, con viriles acentos, merced a una alusión histórica a las veleidades de la opinión, traidora a veces como la ola; —ya es la gratitud cívica i patriótica que, en días de reivindicaciones, históricas i de fugaces orientaciones hacia la cruz blanca de los trinitarios i los febreristas, se desborda de su corazón templado al calor del patriotismo consciente, i sube a sus labios en surtidor i cascada de luz, e ilumina los ámbitos de la Patria con la apoteosis rendida a los manes ilustres i a la vida ejemplarísima del Fundador de la República.

Ese es Meriño! Ese es el orador plebano. Ese es el joven prelado —sede vacante— que edificó con su palabra sincera, abundantísima, en el púlpito i en la cátedra del Seminario; que dió singular ejemplo de civismo con su noble gesto de protesta, antes i después de consumada la inconsulta incorporación a España; ése el popular repúblico, que fue, por su dominio de la tribuna i por sus credenciales de patriota, el mayor prestigio, prestantísimo, en las asambleas constituyentes i en las juntas gubernativas, creadas a raíz del triunfo de la guerra restauradora; —que, proscrito, i peregrino de generosos ideales, cargado con la cruz del patriotismo en duelo, hizo por tres o más veces las tristes i largas jornadas del destierro; ése el estadista, que pasó por las meleantes esferas del poder, a deshora, presa de una suerte de dualismo, divino i humano, que recuerda aquellas vírgenes de Murillo que tienen los pies en el barro bíblico i la nimbada frente en el azul infinito de los cielos cristianos; que descendió de esa tormentosa cima, para nunca más volver, sin rehuir las responsabilidades ponderosas de funesta i desprestigiadora dictadura ¡triste factum! —aunque convencido de haber dejado jirones de su alma en las ardientes zarzas del camino; ése el mirado insigne, —que vistió por cuatro lustros la púrpura i el armiño, i, apoyado en el báculo del pastor de almas, puso de lado la elo-

cuencia tribunicia, para sólo apacentar con su verbo evangélico a la desorientada grei dominicana; ése el venerable anciano, que, al trasponer la montaña i declinar, como el sol, en la tarde de la existencia, sólo palabras de paz, de salud i de amor vertía de sus labios, abiertos al consejo i la plegaria; —i que se fue de la vida, vueltos los ojos del alma, con intensísimo dolor, hacia el porvenir incierto de la patria de sus ensueños e ideales, en piadosa comunión con las almas cordiales que no saben de odios infecundos, i como dijo de Espaillat la poetisa educadora: “con la paz i el perdón sobre los labios!.....”

Ah, señores! Vuelve ahora a reproducirse en el fondo de la retina, velada en lágrimas, i en lo íntimo del alma, llena de dulces memorias i de tristes añoranzas, la visión dolorosa de aquella tarde de hondas melancolías.

El Padre Meriño había muerto!

E iba el féretro del orador i mitrado sobre la púrpura de las andas, lentamente, lentamente, camino de la Catedral Primada, seguido de numeroso i doliente cortejo, en aquella tarde gris, mientras asordaban el espacio las salvas del cañón de la Fuerza, la marcha fúnebre de las bandas marciales i las campanas quejumbrosas i gemebundas de todos los templos.

E iba el féretro, lentamente, lentamen-

te, bajo la interrogadora o entristecida mirada de las gentes, i se le vió ascender al atrio i entrar en la Basilica por la ancha puerta del Perdón, para ir a dormir el sueño eterno del sepulcro en el regazo de la Iglesia, la Metropolitana i Primada de las Indias, en donde dijérase que todavía se siente el vuelo de su palabra apostólica o tribunicia.

E iba el féretro en la semi-oscuridad del templo i de la hora, desde la Capilla Mayor hacia la Capilla del Sagrario que le serviría de tumba, cuando me pareció que el púlpito, en donde tantas veces fulguró su verbo eloquentísimo, se inclinaba reverente al pasar el cadáver del orador esclarecido.

Aun permanece inclinado mi espíritu bajo la emoción hondísima que me produjo el ver pasar su cadáver, envuelto piadosamente en un sudario de gloria, la bandera dominicana, —mientras poblaban el ambiente el clamor pañidero de la esquía i el rumor melancólico de los psalmos funerales— por delante del alto púlpito de sus transfiguraciones de orador egregio; ya cuando el águila caudal de su poderoso verbo se cernía sobre los elejidos del voto, o del azar, para conmiarlos al cumplimiento del deber patriótico; ya cuando la paloma del arca ponía en sus labios el ramo de olivo, o descendía con su palabra evangélica para regalar a los fieles con el blanco arrullo de la fé cristiana.

Ese es Meriño, señores, ese es Meriño, i hacéis bien en honrar i enaltecer su memoria con este sentido homenaje al Mitrado, al Orador i al Patriota!

TOPICOS HISTORICOS

SANTO DOMINGO O LA ESPAÑOLA

Informe del Académico Don Emilio Tejera Bonetti

Señor Presidente: Señores Académicos:

Aunque la nota No. 74 de la Legación Americana, que es la base del expediente sometido a mi estudio, no se encuentra entre los documentos que lo componen, parece que se trata de una proposición de la Junta Geográfica de los Estados Unidos para dar el nombre de Hispaniola a la isla de Santo Domingo.

Es extraño que a pesar de los trabajos hechos en 1918, cuando el Gobierno Militar

sometió la misma cuestión, esa Sociedad Geográfica no sepa todavía que esta isla no se llamó nunca Hispaniola.

El estudio del expediente sometido a la Academia demuestra que, aunque hai algunas opiniones autorizadas a favor del cambio de nombre, casi todas las personas consultadas opinan que debe conservarse el de Santo Domingo.

En realidad me parece que dar una nueva denominación a la isla aumentará la confusión que se quiere evitar, pues los más seguirán llamándola Santo Domingo, otros Haití i el resto Española. Si no fue posible que el nombre de Española perdurara, cuan-